Los hombres de Meloir decian:

—Es el diablo disfrazado de fraile.

—¿Estás enfermo, Conan? preguntó fray Bruno.

Por toda respuesta recibió un disparo de arcabuz en el brazo izquierdo, el cual quedó colgando á lo largo del cuerpo.

—¡Bien contestado, compañero! exclamó; pero sea tu última réplica.

Con la mano derecha habia cogido un trozo de roca que atravesó el espacio silbando, y fué á aplastar, la cabeza del arquero dentro de su casco.

—¡Es el diablo! ¡es el diablo! repitieron los soldados aterrados.

—En el año 29, dijo fray Bruno, un pícaro inglés que tenia los ojos atravesados me dió una estocada. Yo sabia que si se derrama la sangre de los vizcos se queda uno tuerto. Acuérdate de eso, Juanillo... y atraviesa con tu lanza á ese tuno que sube por tu derecha! ..... ¡bien trabajado, chicuelo!..... Pues bien, yo queria matar al inglés, pero no quedarme tuerto..... ¡Cuidado! tú, Maturino, que te alcanzan..... ¿En dónde estaba yo? ¡ah! en que no queria quedarme tuerto..... ¿Cómo me habia de componer?..... ¿Qué hubieras hecho tú, Juanillo?

Juanillo estaba batiéndose con el hombre de armas Kerbehel, quien le tenia ya sujeto por el cuerpo.

Bruno descargó un golpe de Josefina en la cabeza de Kerbehel, el cual cayó anonadado. El fraile repuso en seguida.

—¿Qué hubieras hecho tú, Juanillo?

—¡Vive Dios! exclamó Juanillo, ¿creeis que yo os necesito para arreglar mis negocios? ¡Ese tuno era ya mio!

—Yo te daré otro, hijo mio..... Pero, ¿qué hubieras hecho?.. Yo sabia que á un cuarto de legua habia un pozo. Cogí á mi inglés del cuello y fuí á ahogarle. Era pesado.... pero yo he conservado mis dos ojos.—¡Cuidado! ¡cuidado! ¡Maturino! exclamó

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

interrumpiéndose precipitadamente; ¡oh! ¡pícaro holgazan se ha dejado matar!

Y se precipitó hácia el ángulo del recinto en donde, en efecto, acababa de ser muerto uno de los labriegos.

Siete ú ocho hombres de armas ó soldados habian saltado ya el muro.

III.

En donde á Juanillo le ocurre una idea.

Entonces ya el combate fué terrible. Estaba forzada la entrada de la plaza. Bruno guardó silencio durante diez minutos largos; pero Josefina, su linda maza, habló por él.

—Te saludo, primo Aubry, dijo Meloir que estaba ya en el recinto. Creo que tenemos empeñada otra vez la partida.

—¡Te provoco á singular combate, traidor, cobarde! exclamó Aubry poniéndose delante de él.

—Provoca, si quieres, primo Aubry, contestó Meloir riendo. En cuanto á mí, tengo otras cosas que hacer. Voy á ver si la hermosa Reina piensa un poco en su caballero:

—¡Tú, su caballero! exclamó Aubry furioso. ¡Mientes ¡Defiéndete!

Y al mismo tiempo le asestó una estocada al rostro.

Pero Meloir tenia la visera bastante calada, y la espada, dando en falso contra el acero, se rompió con la violencia misma del golpe.

Meloir levantó el acero á su vez.

— Vamos, veo que habré de pagarte mi deuda en seguida, primo Aubry, dijo.

Pero en el momento en que su arma caia sobre Aubry indefenso, una forma blanca se deslizó entre los combatientes, y la espada de Meloir se tiñó en sangre.

No era la sangre de Aubry.

—¡Reina! exclamaron á un mismo tiempo los dos adversarios.

Reina cayó de rodillas.

— Toma, Aubry, dijo con voz débil, te traigo la espada de mi padre.

— ¡Reina! ¡Reina! ¿Estais herida?

—¡Loado sea Dios, si muero por tí, mi amigo y dueño! murmuró la jóven.

Su cabeza se inclinó, pálida y descolorida, y su cuerpo cayó al suelo.

Aubry, loco de dolor, se precipitó sobre Meloir. Al mismo tiempo, Juanillo, fray Bruno, Julian y Simon Le Priol, todos en fin, hombres y mujeres, intentando un esfuerzo supremo, se arrojaron sobre los sitiadores.

Hubo un instante en medio de la noche oscura, en que no hubiera podido verse mas que una masa confusa y compacta, una especie de mónstruo extendiendo sus cien brazos. Luego se oyeron lastimosos quejidos y gemidos de moribundo.

— ¡Firme! ¡firme! dijo fray Bruno, cuya cabeza y brazo derecho se alzaron por encima de la masa dos ó tres veces.

Y por dos ó tres veces tambien, rechinó el acero aplastado bajo el peso de su maza. Habia trazado un ancho círculo en torno de Aubry, cuya buena espada chorreaba sangre.

Aubry desembarazado cayó sobre el grupo mas numeroso de hombres de armas, que cejaron y se retiraron hácia el ángulo del recinto por donde habian entrado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

— ¡Nuestros son! ¡nuestros son! decia fray Bruno ébrio de júbilo; ¡mata! ¡mata!

Y bien sabe Dios que los hombres de la aldea de San Juan no necesitaban de aquellas excitaciones.

Pero en el momento en que los hombres de armas y soldados que habian penetrado en el recinto se encontraban acobardados junto al muro, alzóse entre los defensores de la plaza la elevada estatura de Hue de Maurever.

— ¡Basta! dijo el anciano caballero extendiendo su mano descarnada.

— ¡Han dado muerte á la señorita Reina! exclamaron Juanillo, Julian y los demás.

— ¡Basta! replicó el anciano, cuya voz austera no tembló.

Todos se detuvieron, aunque de muy mala gana.

Los sitiadores saltaron por encima del muro, y huyeron amenazando.

Fray Bruno murmuró:

— El año 50, el anciano Hue de Maurever abre el lazo de coger fieras, y deja escapar al lobo..... ¡Mala historia! Juanillo, piel de carnero, añadió; el lobo á quien dejan escapar va á afilar sus dientes, volverá, y morderá.

Pero Juanillo estaba ya con Simoneta al lado de Reina desmayada.

Llevaron á la jóven á la torre. La espada de Meloir habia cortado las blancas carnes de su hombro, y corria la sangre por su hermoso brazo. Aubry estaba arrodillado junto á ella, y lloraba como una mujer.

Cuando Reina volvió á abrir sus hermosos ojos azules, tendió una de sus manos á su padre, y otra á su prometido.

Su sonrisa era tierna y llena de ventura.

— ¡Dios me ha guardado á cuantos amo! murmuró; ¡bendito sea su santo nombre!

Sus ojos volvieron á cerrarse, y se durmió mientras la hacian la primera cura.

—Oye, ven acá, piel de carnero, dijo fray Bruno; ahora me toca á mí, es necesario que me cuiden un poco. Tengo un brazo levemente estropeado (y mostraba su brazo izquierdo, en el que se abria una ancha herida); tengo un dardo clavado en el muslo derecho y una cuchillada en la cadera. Ruego á mi santo patrono por los pobres mozos que me han hecho estos diferentes regalitos, porque á estas horas todos están en la eternidad. Dí á las muchachas que me traigan agua. Son unas chicuelas honradas que sacuden virtuosamente, y mucho mejor que bastantes hombres.... En cuanto á yerbas medicinales, ó simples, como se las llama generalmente, no se encontraria una sola en esta roca... ¿Sabes la historia del rey Artus, la hermosa Elena y el gigante? piel de carnero.

—No hableis tanto, fray Bruno, respondió Juanillo, que estaba cortando una camisa en tiras para formar ligaduras.

—¡Que no hable, gran tuno! exclamó fray Bruno encolerizado. ¿Tú quieres que me dé calentura? Ahora que los malandrines se han marchado, y que tengo cuatro ó cinco agujeros en el cuerpo, espero que el anciano Maurever alzará el entredicho que pesa sobre mí. Deja esos guiñapos, piel de carnero, amigo mio, y véte pronto á decir á Mr. Hue de Maurever que me dé licencia para contar algunas historias.

—Os vais á cansar, fray Bruno.

—Calla, picarillo, que no entiendes una palabra de cirugía. El hablar siempre hace provecho..... Tráeme aquella piedra que ves allí, y que he hecho muy mal en no tirar á la cabeza de los sitiadores.

Juanillo se dirigió á la piedra y procuró obedecer, pero ni siquiera pudo moverla.

Fray Bruno se levantó, aunque tambaleándose, cogió la

piedra con la única mano que le quedaba libre, y la tiró á donde antes estaba para formarse un asiento.

—¡Sois un hombre admirable! dijo Juanillo lleno de sorpresa.

—¡Ay, pobre chicuelo mio! repuso fray Bruno con acento quejumbroso, mañana cuando vaya al convento, tendré disciplina doble..... Dadme sidra, que bien la he ganado, añadió riendo. Muchachas! exclamó de improviso ¿quereis que muera dejándome desangrar? Ea mis buenas cristianas, ¡pronto! ¡pronto! ¡venid!

Se habia puesto muy pálido, y el vigor de su cuerpo comenzaba á decaer.

Todas las muchachas acudieron en seguida presurosas al rededor de él, porque indudablemente era el rey de la parte plebeya de la guarnicion.

Sus heridas fueron lavadas y curadas de la mejor manera posible.

—Ya estamos bien, dijo fray Bruno; ahora volveria á empezar de buena gana. ¡Oh! mis buenos amigos, he visto muchas otras bromas como esta. ¿Sabeis la historia de *Cabeza de Anguila*, el molinero de la isla de Yon, en el rio de Vilaine? Cabeza de Anguila era padre de diez y nueve hijos; ocho chicos y once chicas que habia tenido de su mujer *Mónica*, la cual era de la aldea de Aeigné. Una noche en que no dormia oyó hablar á su molino..... Su molino decia.....

Una muchacha dejó escapar un ronquido tímido. Otra contestó con un ronquido mas franco. Tres mozos tomaron el diapason, y tocaron á coro la música nasal. En seguida todos los demás replicaron, y la sinfonía se organizó en toda regla.

Fray Bruno miró lleno de estupor á su auditorio dormido.

Hasta Juanillo, que tenia la linda cabeza rubia apoyada en su hombro, dormia como un bienaventurado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

—¡Está bien! murmuró fray Bruno encolerizado; no sabreis el fin de la historia de *Cabeza de Anguila*.

Arregló su piedrá á manera de almohada, y mezcló su voz de bajo con el concierto del sueño general.

Entre todas las personas reunidas en la pequeña fortaleza de Tombelene, solo una mantenia sus ojos abiertos.

Era Mr. Hue de Maurever.

Durante todo el resto de la noche se le hubiera podido ver haciendo centinela en torno del recinto desarmado, con la cabeza descubierta y la oracion en los labios.

Comenzó el crepúsculo. El Monte San Miguel fué el primero qué salió de la sombra, presentando á los reflejos del alba naciente las alas de oro de su arcángel.

Luego se iluminaron sucesivamente las costas de Bretaña y de Normandia.

Despues pareció que una especie de vapor ligero subia del mar, que estaba bajando, y todo se vió excepto la estátua de San Miguel, que dominaba aquel extenso océano de niebla.

Hue de Maurever estaba de pié é inmóvil por el lado del recinto en que habia tenido efecto el asalto nocturno.

Por la parte interior de las murallas habia tres cadáveres, y por la parte de afuera otros cinco.

Hue de Maurever pensaba:

—¡Ocho cristianos, ocho bretones muertos por culpa mia!

Cuando despertaron todos en la fortaleza, Mr. Hue dijo:

—No pasaré aquí una noche mas. Se ha derramado ya sobrada sangre. Cuando anochezca iré á la costa de Normandía, y el que quiera que me siga.

Hue de Maurever era de esos hombres á quienes no se replica.

Sin embargo, Aubry hizo esta objecion:

—¿Y si Reina está demasiado débil para resistir el viaje?

—La llevarán, dijo Mr. Hue.

CAPILLA ALFONSINA

—Eso está muy bien de vuestra parte, mi querido señor, repuso fray Bruno con respeto. ¿Mirais mi brazo y mi muslo? eso es mucha caridad. Mi brazo y mi muslo son de buena madera, á Dios gracias, como se suele decir, y dentro de una semana no se verá ya nada. Justamente necesitaba ya una sangría contra la apoplegía que me está acechando. En cuanto á pasar á Normandía; estamos conformes; y esos pícaros, desenvainando la espada en el territorio del rey Carlos, han promovido un *casus belli*, como diria mosen Juan Connault, nuestro prior, que es un gran político..... Pero no se cuidan de eso..... ¿Me será permitido dar un buen consejo?

—Dále, amigo, repuso Hue de Maurever, aunque mas hubiera gustado ver el genio de las batallas bajo otro traje distinto que el tuyo.

—¡Eh! señor, cada uno hace lo que puede, murmuró fray Bruno. Cuando la doncella Juana de Arco consagró al rey en Reims, no se la reconoció por el traje que llevaba, al menos que yo sepa. Mi consejo, héle aquí. Las playas, durante este tercer cuarto de luna juniana (lo cual significa de junio) están tan claras como el dia y muchas veces mas. En la presente estacion las nieblas son diurnas (lo cual significa de dia), y si yo hubiera de emprender la fuga, de seguro que no escogeria las horas de la noche.

—¿Pues qué momento escogerias?

—La hora en que estamos.

—¿Dónde piensas que se hallará el enemigo?

—El enemigo no habrá dejado ni un solo rezagado en Tombelene. Está en su guarida de San Juan, al opuesto lado de las playas, ó bien se oculta entre las rocas que hay en torno de la capilla de San Auberto, en la punta del Monte San Miguel. Si mi digno señor me lo permite, añadiré otra consideracion.

—Habla, pero habla pronto.

—Bien puedo decir que no tengo el defecto de ser charlatan. La consideracion que queria añadir es esta. Tienen una jauría que hará maravillas en persecucion vuestra durante una noche clara, mientras que todos sabemos perfectamente que los lebreles, como los sabuesos y los demás perros de caza, pierden las tres cuartas partes de su olfato durante la niebla.

—Nunca he oido hablar de esa jauría, dijo Mr. Hue.

Aubry se adelantó y replicó:

—Todo cuanto acaba de decir el buen fray Bruno es la pura verdad. Conoce las playas mejor que nosotros, y creo que favorecidos por la niebla podremos....

—Pero ¿y si no se alza la niebla? dijo Maurever.

Fray Bruno se encaramó al muro con el fin de examinar atentamente la atmósfera.

—Ha cesado el viento, dijo; baja la marea, y tendremos niebla hasta el flujo.

—Hágase como querais, dijo Maurever; vamos á visitar á mi hija.

Aubry no habia aguardado á que el padre lo dijese. Cuando tomó la palabra para sostener la opinion del lego, fué porque habia visitado ya á Reina.

La jóven estaba algo pálida, pero su herida, bastante leve, no podia ser un obstáculo verdadero para la partida.

Su padre la encontró risueña y alegre, haciendo sus preparativos que no habian de ser muy largos.

Mr. Hue de Maurever hincó la cruz de madera que le habia servido para sus oraciones en el punto culminante de la roca de Tombelene. No podemos decir que esté allí todavía, pero la pequeña eminencia que hay en el frente occidental del monte lleva aun en nuestros dias el nombre de *Cruz-Mauvers*.

Fray Bruno pensaba algo en almorzar; pero era trabajo perdido. La niebla se iba formando muy densa, y era preciso aprovechar la ocasion.

En el momento en que se iban á poner en marcha, entró Simoneta en la torre con su padre, su madre y Juanillo, á quien la jóven llevaba de la mano.

—¿Que quereis, buenas gentes? preguntó Hue.

—Señor, respondió el anciano Simon, nos conoceis muy bien. Somos vuestros fieles vasallos, los Priol de la aldea de San Juan. Nuestra hija Simoneta, aquí presente, está desposada con el muchacho Juanillo.....

—Este no es el momento oportuno.... comenzó á decir Maurever.

—¡Es singular! repuso el fraile. ¡Vamos! ¡qué gentes hay tan habladoras!

—No vengo á hablaros del desposorio, señor, replicó Simon, pero Juanillo ha venido á nosotros y nos ha participado una buena idea que le ha ocurrido para la salvacion de la señorita Reina, nuestra ama, y le traemos aunque no sea vasallo vuestro. Habla, Juanillo, hijo mio.

Juanillo estaba encarnado como una manzana.

—¡Ved lo que es! dijo dando vueltas á su gorro entre los dedos. Se asegura que solo por la señorita Reina es por quien el caballero Meloir mete todo ese ruido. En medio de la niebla, ¿quién sabe lo que puede suceder? Yo he pensado que tengo cabellos rubios, como la señorita, y como no me ha nacido la barba, yo podria muy bien ponerme la ropa de la señorita, y en caso de suceder una desgracia, entonces me confundirian con ella.

—¿Y si llegan á darte muerte, niño? dijo Maurever.

—¡Oh! eso podria muy bien suceder, replicó Juanillo sonriendo, porque se encolerizarian mucho al verse tan bien chasqueados. Pero no importa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

— ¡Cuando digo que es una verdadera alhaja ese piel de carnero! exclamó fray Bruno.

— La señorita se salvaria, repuso Juanillo, que es lo principal.

Reina y el mismo Maurever quisieron oponerse á aquel disfraz. Pero se contuvieron porque Aubry hizo una seña.

Todas las muchachas, con Simoneta á la cabeza (aunque esta tenia los ojos preñados de lágrimas), se apoderaron de Reina. Juanillo saltó al opuesto lado del muro.

Un momento despues volvió Reina vestida con la piel de carnero.

En cuanto á Juanillo, llevaba puesto el traje de la Hada de las playas, y estaba lindo como un amorcillo, segun decian todas las muchachas.

Se arregló el velo de blonda sobre los rubios cabellos, echó un beso á Simoneta, quien reia y lloraba á un tiempo, y fué el primero que salió del recinto para entrar en la playa.

IV.

La niebla.

Eran próximamente las siete de la mañana cuando la marea permitió que se pusiesen en camino.

Esa niebla de las playas forma una capa muy poco profunda y que con frecuencia no suele tener el doble de la altura de un hombre.

Por lo general, cuando menos espesor tiene la capa, la niebla es mas densa y mas impenetrable á las miradas.

Hemos mostrado al principio de esta relacion al Monte San Miguel bogando cual gigantesca nave en medio de ese mar de vapor. Hemos visto la niebla redondeando sus olas de algodon, balanceando sus surcos muy marcados, y dejando al radiante sol de junio, que doraba la cumbre del Monte, todo su brillo deslumbrador.

En la primavera y en el otoño, este aspecto, que detiene al viajero sorprendido, suele representarse con frecuencia.

Las gentes del pais, hastiadas ya de estas maravillas, tienden de paso una mirada distraida al paisaje prodigioso.

Lo que les ocupa, y con razon, es el fondo de aquel océano de niebla.